



IX

EL DESPERTAR DE UNA HISTÉRICA Y DE UN "CRUDO.." (*)

A la mañana siguiente, cuando Elvira quiso levantarse de su colchón, no pudo ponerse en pie por sí misma. Fué necesario que Tomasa, cocinera de bríos, le prestara para ello sus dos brazos tostados. Entonces se vió que Elvira cojeaba.

Claudicaba del pie izquierdo que no podía tocar al suelo sino de punta. Con trabajo había pasado en él la media negra, pero el botín de lazos no pudo pasar ni con ayuda de Tomasa. . . . Era un pie caído y encorvado, con los dedos en hiperflexión, el pie que los médicos han llamado

(*) Estado del bebedor (en "la cruda") tras de una noche de intemperancia.

con poca razón *equino*, refiriéndose a una actitud que presentan no sólo las patas del caballo, sino las de otros cuadrúpedos.

Entretanto, Don Eduardo, medio despierto, se desperezaba. La noche había estado “cargadita” decía él. Después de lo de Elvira, había salido a cenar fuera, con su amigo Vicencio, inspector de la 2ª, en un “reservado” de la Concordia. Sopa de ostiones, beefsteak, pavo etc., rociados de tinto y copitas variadas. Los recuerdos y esbozos de ideas flotaban entre sueño y vigilia.—“No cobraron las copas ni el tinto.; Maldito italiano, marmitón en jefe de la Concordia!. Sabe que así se me zafa de multas. Luego, cuando estuvimos bien templados por las copas, nos fuimos de ronda. Vengan acá chaqueta, jarano y espuelas. vengan el tordillo, la pistola y la canana repleta de tiros!. . . . Comenzó la ronda nocturna contra expendedores y borrachos. . . . Estuvo buena!. Para algo es uno Inspector, para inspeccionar. Conmigo no juegan cantineros ni pulqueros!. Quieren encerronas después de las diez. pues que les cuesten!. Multa á Manuel Prendes, el del Mirador de la Alameda. . . . Había luz y voces a puerta cerrada, minutos después de las diez. Hace

tiempo que no me regala pavo relleno; pues multa!. . . . Multas y palos. . . . “Así se gobierna,” dijo el Caudillo. Aquel pulquero de “la Venus dormida”, en el barrio de los Angeles, bebía, encerrado con el gendarme que había dejado su punto. Le quité el palo al gendarme. . . . y duro con él en las costillas! Multa y también palos al pulquero, porque no quería pagarla. Estuvo *rebueno*, que caray! Y vuelta al centro. Una asomada al Principal. Daban la *Revoltosa*. Le sale bien á la Soler, como que lo es. . . . Trae revueltas algunas familias, gallineros, en celos de gallo. Rematamos con Amparo, en la Teja. Ganado nacional. Tomé aquella de Zapotlán, porque se parece á Elvira. . . . Nada de pagar! Eso me quita el gusto. Un Inspector general no paga cama ni casa. Hay que darle vuelo á la pasión, sin que cueste. Desfogado, volví á la tertulia en el cuarto de Amparo. Una tanda de cerveza, y copas al canto. . . . Fué saliendo ese borrachín de Arnulfo Arroyo con sus tanteadas. . . . Empieza a darla de socialista y no acaba. . . . Acaba en brindis. . . . Lástima de muchacho!. . . . Un talento en bruto. . . . Con algo de forma podría brindar en el restaurant de Chapultepec. Brindó por Vicencio; sobre todo por mí. . .

... ¡Si sería chuela! Que yo suba... que tengo que subir muy alto. Y vaya si subiré... qué caray!”

Con esta idea ambiciosa que lo agujoneaba hacía la acción, acabó de despertarse, saltó de la cama, se vistió de ropa menor y se fué al lavabo. Al golpe del agua fría, su cara marchita, de bebedor trasnochado, se animó. Hizo un ruido gutural para desechar una mucosidad laringea, la *pituita* matinal del copólogo, lanzada al azar sobre la alfombra, cerca de una escupidera. Porque Don Eduardo pertenecía, por achaques de educación, á esa raza de hombres que han dado fundamento a cierto diccionario para definir las escupideras: “mueblecitos á cuyo rededor se escupe.”

En cambio, sobre su ligera vestimenta, se puso luego una bata del más correcto estilo, comprada hacia poco, en previsión de matrimonio elegante. Era una bata de peluche rojo granate, cerrada por delante con doble fila de lazos alamareados y grandes botones; ceñida á la cintura por luenga “cordeliere” de la propia tela.

Con tal bata, la alta talla de Don Eduardo parecía crecer de un palmo. Ante la luna del ropero, gozaba de verse así el gran polizaico, en ropa talar, cuyos sanguíneos pliegues le pro-

ducían la impresión de una investidura terrible, algo como el manto purpúreo del Cardenal de Richelieu simbolizando el poder trágico en la última escena de *Le roy s'amuse*.

Hizo sonar un timbre y se sentó a una mesa de centro, cuadrilonga, ocupada en parte por una máquina de escribir y en cuya esquina, libre de papeles, solía hacerse servir el desayuno, por no pasar al comedor, cuando se levantaba tarde. Entró Cándido con un servicio de café y licores, un paquete de correspondencia y varios periódicos de la mañana. El Inspector se puso a desplegarlos y a recorrer los epígrafes con tal atención que, por unos momentos, Cándido, el café y la correspondencia quedaron borrados de su campo mental.

—No se habla nada del padrecito, murmuró; y alzando la voz:

—Ah! ¿qué pasa con esa muchacha?

—Señor, . . . respondió el fámulo tutubeando, no sé lo que tiene; *renquea*; creo que se le tulló un pie.

—Ah, caray! Con la que va saliendo! Esta beatita me está dando mucha guerra
.. Una culebra en el seno ¿Qué culpa tengo yo de que su tipo bebiera tanto? . . . Ya me las

pagará. Por de pronto que se vaya a su casa de huéspedes!

—A pie no podrá.

—Que vaya en coche.

—Siempre se tendrá que llevarla á él y sacarla en peso. ¿Qué dirán! ¿No quiere Ud. que se quede hasta que le pase la cojera?

—Entonces que se quede. . . hasta ver lo que hacemos con ella (Tres tirones al bigote y pausa.) ¿Hay algunos esperando?

—*Nadien*. . . . quiero decir: sólo el escribiente Tecla. Otros se han ido, porque los despedí, como Ud. me ha dicho, cuando llega muy tarde en la noche.

Don Eduardo absorbió el café con leche, entreverado de tragos de cognac, para curarse “la cruda”.

Entró *Nadien*, es decir, el escribiente, mozo flaquin, perdido en los pliegues y repliegues de un *completo* gris fabricado expresamente para él, cuando engordara. Entretanto érase el mínimun de materia que la avara Naturaleza puede poner al servicio de una máquina de escribir, con un nombre que le venía mejor que el traje. Se apellidaba Tecla.

Carlos Tecla tecleaba por las mañanas algunas respuestas a la correspondencia de Don

Eduardo, y a falta de ella, fungía de lector de periódicos y confidente matutino. Justamente esa mañana había pocos chismes policiacos que despachar. El más considerable se refería al nombramiento de practicante de número para la Sección Médica de la 5ª.—Anexo a las solicitudes de los pretendientes Flon y Carriles, traía Tecla el nombramiento del segundo, escrito la víspera por orden de Velázquez.

—Flon es más antiguo en el servicio, observó Tecla; á él le tocaba ascender a titular, por el hecho de que Carriles vino de otra Sección como segundo supernumerario.

—Eso no! Carriles! Julio Carriles! replicó vivamente Don Eduardo leyendo este nombre en su carnet de bolsillo.—“Este muchacho fué el que la otra noche”. . . . e interrumpiéndose, prosiguió: “Muy buen practicante! Y luego tiene amigos. . . . vaya que los tiene! Se ha procurado recomendaciones, entre ellas una tarjeta del General Rocha. . . . No hay más que sostener el nombramiento, y hoy lo despachamos á la firma”. Ante lo irremediable, abandonó Tecla su intentona justiciera y saltó al chisme periodístico (incubaban en él aspiraciones á repórter) con un artículo sobre un tema de actualidad. Se trataba de que Czolgoss, el asesino

de Mac-Kinley se salvaría probablemente de ser ejecutado, en calidad de loco irresponsable.

—Es un marrullero ese Czolgoss! interrumpió el Inspector; se está haciendo el loco para escapar al sillón eléctrico.

—Más marrulleros, observó Tecla, con su voz de tiple ¿no le parecen á Ud. los que, sin duda, impulsaron á Czolgoss al asesinato?

—Bah! Anarquistas! Se sortearon.....A él le tocó y zas!

—Qué sabemos, señor?.....Eso es lo que nos cuentan, por tantearnos.....A los anarquistas ¿qué les importa quitar de enmedio á un Presidente? Hay mil y mil que pueden reemplazarlo. Si se trata de una familia real es otra cosa.....Puede tentarles acabar con la dinastía. Pero contra Mac-Kinley no había más que política, partidos, negocios, ambiciones....Le echaron encima á Czolgoss, un bruto; y ahora, naturalmente, quieren salvarlo haciéndolo pasar por loco.

Velázquez miró á Tecla con sorpresa. Nunca creyera que aquel cerebrito de mecánico fuese capaz de erigir las hipótesis en sistema. Pero su última deducción le hizo menear la cabeza.

—Al contrario, Teclita; precisamente lo contrario de lo que dice. Los instigadores de Czol-

goss tendrían interés, no en declararlo loco, sino en hacerlo matar pronto para que no cante. A no ser unos.... pelmas.

En este momento, la voz de Elvira resonó en el interior, con acentos de rezo, discordantes en casa tan profana.

Luego la oración, tornándose poco a poco en recitación melodramática, se extinguió en una risotada de Velázquez.

—Es una muchacha que cayó aquí rodando, le dijo a Tecla, inquieto por conocer a la rezadora; y a esa sí que quisiera hacerla declarar loca....

Detúvose el Inspector, como arrepentido de externar un plan; y en pie nuevamente frente al espejo, se admiró a sí mismo, con su túnica granate. Pero tenía que dejarla pronto, por el vulgar jaquet. Se acercaban las diez, y el Gobernador Rebollar le esperaba en "el Distrito." Por lo cual, como oyera ruido de coche que se detenía a la puerta, luego un retintín de llamada, ordenó por lo bajo a Cándido: "Dí que no estoy."

Volvió a poco el criado. "Es el señor Trillo, Secretario de la 5ª, y dice que *aunque usted no esté*, desea verlo para un asunto grave."

Completando de prisa su vestimenta, Don Eduardo dibujó un ademán de impaciencia.

—“Me va a dar la lata!”

Esta expresión, de procedencia madrileña, importada en México por las compañías zarzuelas, empezaba a penetrar en las clases oficiales.

Escurrióse Tecla y entró a la sala Guillermo Trillo, Secretario de la 5ª. El antiguo corrector de pruebas iba perdiendo su amor a la Ley, a medida que se aclimataba en la Comisaría. De allí que empezase a tomar el talante de esbirro político con que se presentó en el gabinete del Inspector.

—¿Qué hay? interpeló éste, sin ofrecerle asiento.

—Mi inspector se fué al rancho de San Simón a levantar un muerto, y por eso vengo a molestarle. . . . Allí, en el jardín de San Fernando, ha habido una riña entre dos jóvenes. . . . Aquí traigo sus nombres: Berlinguez uno, Milanés el otro. . . .

—¡Y qué! ¿Se mataron?

—No tanto! Riña es un decir; la verdad es que fué una *trompada* a mansalva. . . .

Aquí el autor cree conveniente preparar la narración de Trillo con un *intermedio de box*.



X

INTERMEDIO DE “BOX.”

El hombre tiene un arma natural en su puño. Yo me imagino que cuando el padre Adán quiso combatir en su prole la perversidad congénita de la raza, tendió la mano crispada contra narices insolentes. Fué el primer “soplamos.” Mal dado. La antigüedad no conoció un arte tan rudimentario como el que consiste en aplastarle un ojo al vecino sin que sufra la mano. Griegos y romanos, duchísimos en ejercicios atléticos, desdeñaron como niñería el reducir las luchas a contusiones manuales. La edad media, con su mentalidad heroica, no estaba mejor dispuesta para tomar en serio golpes casi incruentos. Apenas si los admitiría de aquel obispo guerrero que por escrúpulos sacerdotales peleaba en las bata-

llas con un rompe-cabezas. Era la edad de fierro en que la mano, como el guante, su símbolo natural, sólo *tocaban* para el reto. En el *Cid* de Corneille el conde de Gormas ataca a Don Diego con la mano: apenas un roce, llamado en francés *soufflet* (nuestro *sopla*, sin los mocós); más que ataque físico una ofensa moral. Pero vino el inglés, con su espíritu newtoniano de frío calculismo. La lid a puñetazos se le antojó una ecuación. Pensó que, como en el golpe de puño bien ejecutado, iba todo el hombre, toda su musculatura y osamenta, había que pesar a los contendientes. Así se evitaría que un hombre de noventa kilos aplastara ventajosamente a otro de setenta. . . . Equilibrios, acotaciones, reglas: no golpear al caído, no denigrar el combate, no usar de la mano más que como tampón y no como garra lacerante o prensora. Que el puñetazo sea humano y no animal. Es el ideal del "noble arte" del *BOX*.

Pero todo arte degenera. Surgen a su sombra boxeadores brutales que falsean las reglas y envilecen la lucha. Entonces el golpe de puño toma nombres de jerga. El *soufflet* de Corneille se convierte al pasar por el "argot" en *gifle*, *claque*, *bourrade*, etc. Paralelamente, en México se dice *trompada*. Sé que algunos léxicos castellanos

han inscrito ya esa palabra con su equivalencia de "puñetazo." Es que si todo un pueblo le da tal significado, hay que abrirle paso y descubrir su razón ideológica en los animales de trompa. La "trompada," puñetazo bestial, no tiene nada que ver con el ademán caballeresco que ofende sin herir, ni con el golpe derecho, según el box inglés. Cuando la mano ataca de modo tan rudo como el hocico musculoso de un elefante o de un cochino, el golpe denominado en México "trompada" no roba su nombre.

No era ésta la opinión del joven Crescencio Berlinguez, sobrino predilecto del Senador Don Homobono Cañete, quien consideraba la trompada bizarra e inteligente. Había tomado algunas lecciones de box; sabía echarse adelante con todo el cuerpo; doblar el puño para pegar con los nudillos, llamados en osteología "cabezas de metatarsianos;" y no desconocía el arte de lanzar a todo vuelo un *swing* capaz de luxar la quijada. . . . Con todo eso, en su mano degeneraba el box, faltaba la equidad caballeresca que ennoblece las luchas. Sus puñetazos eran, en efecto, "trompadas."

Además de boxeador, Crescencio Berlinguez era un snob "plurinoviero," y había decidido que

nadie “echase flores” a sus novias, so pena de hárselas con su puño.

Existía empero un estudiante de Medicina llamado Antonio Milanés que tenía la pasión por “las flores” en honor de las muchachas bonitas. “Adios, linda!” “¡Qué simpática!” “¡Vaya un cacho de cielo!” y otras dulzuras: eran las flores verbales que tiraba al paso el estudiante Milanés.

De la conjunción en el espacio del snob boxeador y del estudiante florista resultó el incidente que seguirá relatando el secretario Trillo en el número siguiente.



XI.

UNA FLOR Y UNA TROMPADA.

—Iba Berlinguez siguiendo a una güerita, su novia según dice, cuando Milanés la cruzó y le echó una flor: “¡qué ojos!” . . . Como Berlinguez la oyera, se puso al alcance de Milanés con un “oiga, amigo!”

Apenas éste se volvió al llamado, le “madrugó” aquél con una trompada en un ojo.—“Tenga, para que no se meta con los de mi novia! . . .” Luego le asegundó en rabieta . . . Aturdido Milanés hizo ademán de buscar arma. Traía un estuche en la bolsa con fierros varios: una chuchería de médico. Ni tiempo de abrirlo . . .

Acudieron dos gendarmes y gente; el negocio se enredó . . .

—Que se enredó? . . . Eso no vale nada! exclamó.

CAPITULO XI
UNA FLOR Y UNA TROMPADA
D. A. N. N. N.

mó Velázquez cortando la relación de Trillo; muchachadas. . . . Que se los lleven a los dos a la comisaría, se levante el acta y al turno. . . . Es el trámite!

—Vea Ud., señor!. . . Milanés herido pidió que lo llevaran a su domicilio. Muchos mirones que presenciaron el hecho, condolidos, apoyaron la demanda. Que como el pobre fué atacado y está muy malo, lo dejaran en libertad de que fuera a su casa. . . . Hasta se opusieron a los gendarmes que querían llevárselo a la comisaría y soltar a Berlinguez.

—¡Soltar a Berlinguez! Que se los lleven a los dos, y no hay más. . . Es el trámite!

Acercóse Trillo al Inspector y le dijo con misterio:

—A tiempo que los gendarmes insistían en llevarse a uno y otro, pasó por allí Morones, el juez correccional Morones, ¿sabe Ud? muy político!. . . y llamando aparte a un gendarme, le sopló: “No te lleves a Berlinguez; yo sé lo que te digo; no te lleves a Berlinguez!. . . sobrino del senador Don Homobono Cañete, casado con Doña Pachita Pérez, prima del Ministro Pérez”. . . El gendarme se entendió entonces con su pareja para llevarse sólo al lesionado. . . . Pero se atravesaron mirones, uno especialmente, un borra-

chento que gritaba: “¡llévense á Berlinguez!” Viendo la cosa mala, un “secreto” parlamentó con los gendarmes para que esperaran y corrió a informarme. Tomé un coche. . . ; como que se trataba de un pariente!. . .

—De veras! interrumpió el Inspector reflexivo; no faltaba más, sino que se lo llevaran! Lo que dirían arriba!. . . Ya me acuerdo bien de este muchacho. . . . Crescencio, sobrino por el lado materno de Don Homobono, casi un hijo. . . y niño mimado de Pachita Pérez de Cañete. Comí en su casa el otro día. . . gran comida! Ella y el sobrino juntitos. . . Ah, no, ¡que no se lo lleven! ¿Qué diría Pachita?—¿Y el otro? continuó el Inspector ¿quién es ese Milanés?

—No sé. . . un cualquiera, parece que estudiante de Medicina.

—¿No será pariente del coronel Milanés, jefe político de Tlalpujahuá? En tal caso. . . .

—No. . . eso no! Ni prójimo!

—Pues entonces, amolarlo!

—Pero está herido; y Berlinguez nada. . . .

—No le hace. . . Sacó cuchillo. Quería matar a Crescencio.

No era más que un estuche con pinzas, tijeras chatas, y un *escarpelo* desafilado que ni para tajar lápices.

—Muy peligroso!... Lo vamos a amolar....

—¿Al *escarpelo*?

—No; a Milanés... Pero sí! También al cu-chillito... para que parezca peligroso.

—Por de pronto, mi jefe, la cosa urge... Allí están en el jardín: Milanés abatido, Berlinguez fiero... Dice que no ha de ir a la comisaría.

—Y no irá... Voy á protegerlo... Se lo llevamos luego a Don Homobono. ¿Trae Ud. coche?

—Traje uno que corre parado.

Rrrring! sonó el teléfono.

—En mala hora! Ha de ser del Distrito, exclamó Velázquez, contrariado de la detención. Toma la bocina, Cándido.

—Sí, dijo éste, con el oído al tubo... Que lo espera el Gobernador.

—Díle que allá voy. Este Rebollar me carga. Si voy a verle seguido, que lo deje solo; si me tardo un poco que porqué no voy... Ya verá! Cuento con más brazos fuertes... y ¿quién sabe? Pudiera ser que le pidiera el puesto!... Vamos, amigo Trillo!

—Mandé una camilla por si acaso, decía Trillo, sentado junto á Velázquez en el asiento posterior de un "colorado". ¡Como no haya crecido la bola! Y ojalá que se haya ido ese escandaloso....

—¿Quién? interrogó el Inspector.

Ese *catrín* de marras, hoy pelado; se ha dado a la copa. Me cae seguido en la 5ª, Ud. lo debe conocer... Era casi licenciado... un tal Arroyo..

—Arnulfo! ¿Donde no andará ese borrachín? "La trae" desde anoche, en casa de Amparo, la de la Teja... Pero este carromato sigue corriendo parado... Dales más de prisa!" gritó el nervioso Velázquez, sin lograr animar a un coche-ro más dormilón que sus jamelgos.

Entre tanto aumentaba el gentío, reunido allá, bajo un sauce, en el ángulo noroeste del jardín. Y era en efecto, el pálido bohemio Arnulfo Arrollo, ojerizo y desencajado por la velada, el que manifestaba ante atento corrillo. Agitaba los brazos, como llevando la batuta en la murga escandalosa. Repetía su recitado: "Salía yo de allí (y señalaba la cantina del Puente de Alvarado) de tomar un pistito. Me senté en ese banco (é indicaba el banco en que Milanés hundía la frente contusa y sangrienta en su brazo izquierdo plegado y apoyado sobre el respaldo) cuando vi la gran trompada del siglo."

Estas palabras correspondían á la percepción amplificadora de su espíritu subdelirante. El vulgar ataque de Berlinguez tomaba, en el len-

guaje del ebrio, proporciones horrendas; las engendraba una ilusión tan favorecida por el alcohol como por lecturas de socialismo andante, moderna caballería. El vulgar ataque representaba en su magín la lucha ventajosa de gigantes fuerzas sociales por anonadar endebles unidades. Crescencio Berlinguez, con su facha de efebo insolente y fuerte, vástago pervertido de rica familia, era un sujeto excelente para provocar amargas reivindicaciones... Algunos amigos, elegantes como él, habían venido á rodearle; y él, en pie, bajo el sauce, a distancia desdeñosa de gendarmes, herido y plebe, explicaba a sus congéneres el *porqué* del lance... "Porque le echó una flor a Lupe R. con quien llevo relaciones desde hace un mes. Porque *a mí no me la florea* nadie, mucho menos *ese*... Le *soné* a la buena... Sacó cuchillo ¿y qué?... Yo no traía arma!"

—Oiga, señor héroe, le interrumpió Arroyo sorprendiéndole el final; *a mí se me hace* que no es "a la buena" el pegar a los ojos de sopetón... Que si Ud. me parte así, fiado en que tiene más libras, yo a la mala con la mala... Y nomás haga ganas, que como las repican doblan, y a los toros del Jaral los caballos de allá *mesmo*.

Berlinguez murmuró una salida desprecia-

tiva. Se sentía débil, sobrepujado en canallería por la procacidad del antiguo leguleyo, hecho lépero. Mucho más cuando Arroyo se desató en alusiones á la intervención del juez.

—Ya estará, niño Ministro... porque a uno le faltan jueces que vengan a jalar del trasero al gendarme con aquello de "no te lleves a Berlinguez, que es de casa real!"...

Estallaron las risas, y un chifido de arriero rasgó los aires. Velázquez y el secretario Trillo llegaron á tiempo para salvar a Berlinguez.

—Ud. se va conmigo en el coche, le dijo Velázquez, con acento de protección cariñosa. Y volviéndose hacia Arroyo que manoteaba:

—¿Y tú borrachín? ¿Qué andas aquí alborotando al mundo?

—El mundo vale una... tostada... Eso de que Ud. se lleve en coche a Berlinguez que aporreó a mansalva, no tiene abuela... El juez Morones lo ha dicho: "No te lleves á Berlinguez" ... y ahora salimos con que su mercé se lo lleva a almorzar...

—¿Quieres callarte, borrachín?... Yo te quitaré lo hablador. A ver, gendarme, se lleva á éste (indicando a Arroyo) a la 5ª

—¿Y el herido? observó tímidamente el gen-

darme, la mano á la visera; quiere que lo lleven a su casa.

—¡Qué casa ni qué cuerno! replicó el Inspector... ¡A la comisaría! ¿Que apenas puede andar?... No será por el golpe... Eso no vale nada... Es de lo que ha bebido... Ya llega la camilla. Que se lo lleven!... Y en voz baja á Trillo: —“Que me lo califiquen de ebrio en la Sección Médica, lo mismo que al borrachín Arnulfo... Guárdeme bien el cuchillito del estuche, y afílelo...” Bajó gradualmente de entonación hasta terminar en cuchicheo. Luego prosiguió: “No más dejo á Crescencio con la tía, me pasó un rato por el Gobierno y voy á la 5ª para poner al comisario en autos.”

—Vamos, Crescencio! dijo á Berlinguez llevándolo al coche paternalmente.

Un gendarme se apoderó de Arroyo; otro levantó por el brazo a Milanés que se movió vacilante. Aumentado había la hinchazón del párpado izquierdo, con aspecto de giba negruzca. Dibujóse la conmoción cerebral con tendencias al vértigo. Pero el estudiante prefirió caminar dando traspiés y cubriéndose el ojo con el pañuelo a acostarse bajo el toldo de la horrible camilla.

Arroyo se echó a andar, cediendo al gendar-

me que lo empujaba. De repente logró desasirse, y volviéndose hacia el coche en que se acomodaba el Inspector con su protegido, se llevó las manos a la boca como para hacerse una bocina y gritó:

—“Velázquez! No te lleves a Berlinguez!”

Blandió su palo el guardián del orden; resonaron chiflidos—única protesta de las masas pasivas cuando se sienten heridas en las costillas de uno de los suyos.